

MEDITACION SOBRE UNA PLACA

Los bachilleres del Liceo de Costa Rica de 1922 se reunieron para descubrir una placa conmemorativa de sus bodas de oro. Estas fueron las palabras del Dr. Macaya Lahmann en ese acto:

Queridos profesores y compañeros de estudio:

El mensaje de esta reunión es algo muy sencillo y muy íntimo: recordar a los que se han ido y reunirnos hoy aquí los que quedamos, profesores y alumnos.

Es esta en el fondo y en cierto modo, una continuación de la liturgia de la Santa Misa a la que asistiremos luego: la liturgia de nuestros recuerdos y de un compañerismo que nos ha unido de siempre y para siempre.

Es lógico que a estas alturas —cincuenta años después de la graduación— el recuerdo valga más, sea más inmediato que el presente. Ya no somos gentes para un relevo, lo somos de misión cumplida. Cada uno de nosotros, en su campo, podemos mirar hacia atrás y ver lo que hemos hecho o deshecho. Y esto con un íntimo orgullo que nos une una vez más, porque lo realizado —aquí o allá, en grande o en pequeño— siempre fue algo esencial, sincero y permanente.

Pepe Marín Cañas nos lo ha recordado con ese exquisito romanticismo y sensibilidad —inevitables además, en este caso— que tienen sus tres artículos publicados en La Nación. Porque podríamos decir —parodiando a don Jacinto Benavente— que nada prende tan fácilmente de las almas como la simpatía de los recuerdos. De poder recordar a tiempo —agregaría yo— y sin reservas.

El recordar desemboca siempre en una actitud de cultura; y la vocación de la cultura debe ser permanente para que no pierda ni su unidad ni su estilo.

Es bueno y agradable a veces —como ahora— detenerse a pensar en el pasado; sentir la añoranza, el vigor de lo vivido y de lo creado por nosotros mismos; lo contrario, es decadencia.

Me atrevería a decir que también existe para nosotros el compromiso de defender ese pasado; y este compromiso o esta defensa es, en realidad, la permanencia de una inagotable fuente de creación, de todas la más directa y vital.

Hemos venido a descubrir una placa; una placa que es apenas discretamente conmemorativa y elusiva. De ahí le viene, justamente, su profundidad.



Enrique
Macaya
Lahmann

No menciona nombres; simplemente una fecha: bachilleres de 1922. Ahí estamos incluidos todos en una unidad fraternal en que nos hemos visto de cerca o de lejos durante medio siglo. Esto es lo que dice el silencio de esa placa y la mención de una simple fecha.

Y la hemos colocado en este edificio ya tan antiguo pero siempre actual y que se nos ha vuelto una especie de símbolo. ¡Cómo deseamos que sea permanente —histórico, institucional— sin que jamás lo amenace la piqueta de los destructores!

No siempre le fuimos fieles durante estos últimos cincuenta años. Lo hemos visitado poco, pero cuando caminamos por estos lados, yo lo miro y admiro siempre, acaso como un alivio de sentirme un poco hijo pródigo y arrepentido.

Ya después de los cincuenta años, el recuerdo comienza a oscurecerse un poco; es lo natural; pero no para estos años del Liceo, que están siempre vivos en la presencia de todos nuestros días.

Pepe Marín Cañas y Juan Francisco Rojas nos han probado en sus crónicas que fuimos todos nosotros gentes algo importantes. Como en las gestas antiguas hemos tenido dos cronistas excepcionales. Crónicas que deben publicarse en un pequeño folleto, conservarse de alguna manera, junto —y como complemento indispensable— de la placa que hoy descubrimos.

Pero los hechos fueron más

lejos todavía: como nos lo ha recordado Pepe Marín Cañas, supimos defender y rescatar la libertad. Siendo aún un adolescente, durante la jornada del trece de junio, me sentí heroico por primera vez en mi vida; pero —debo confesarlo— también sentí miedo; un miedo terrible ante la violencia.

Algunos nos marchamos por tierras lejanas a completar los estudios profesionales; entonces no existía la Universidad Nacional. Por ejemplo, el grupo que estudiamos en París, en el abandono de la ausencia —que es algo imposible de evitar cuando partimos de la patria— siempre nos refugiamos en el recuerdo inmediato de nuestro Liceo de Costa Rica. Y todo esfuerzo por ganar los cursos y la profesión, nos parecía que lo hacíamos a manera de complemento de una obligación contraída como liceístas.

Luego quizás, a veces, el camino se nos hizo estrecho; pero no debemos quejarnos ni protestar por ello; esto nos mantuvo —compañeros del 22— siempre unidos y dentro de una maravillosa igualdad de proporciones. Y si en alguna ocasión existió entre nosotros una temporal división —por cosas que sucedieron más arriba de nuestra intimidad— pronto, muy pronto, supimos de nuevo recoger las distancias.

Pues bien y para terminar, todo esto nos lo trae —como lo he dicho antes— la placa que descubrimos ahora. De temporal tiene únicamente una fecha: 1922; de permanente tiene el silencio de muchos nombres que nos son todos conocidos, aunque sin nombrarlos. Y quizás aún mejor, nos revela —durante medio siglo— un profundo sentido de unidad. Unidad que es, probablemente, la mejor palanca para el futuro, la palabra mística y real a la vez, como ninguna otra.